

Las perspectivas del desarrollo basado en la comunidad

Anthony O'Malley

EL CONCEPTO de comunidad ha tenido un extenso papel en la historia del análisis social. Como idea, el sentimiento de “comunidad” es positivo, estimulante y reforzador, al enfatizar lo que Durkheim llama *solidarité sociale*, lo que Tönnies llamó *gemeinschaft* y lo que los posmodernistas de las bases como Esteva y Prakash consideran la “complicidad en la lucha política y subjetiva para abrir caminos posmodernos para salir del pantano de la vida moderna”. Este énfasis positivo en la comunidad se ofrece como un elemento anodino para los conflictos reales, no sólo personales y políticos, sino también objetivos y estructurales, que inquietan a los grupos sociales en virtud de su involucramiento en la macro y la microdinámica de las estructuras sociales modernas. Este sentimiento esencialmente positivo acerca de la “comunidad” se refuerza por sus connotaciones en las experiencias de la vida local y cotidiana. La “comunidad” en este contexto no sólo significa compartir (económica, política, cultural y psicológicamente), sino hacerlo a escala humana.

La noción de comunidad ha jugado un papel importante en el desarrollo del pensamiento social clásico, pero para nuestros propósitos podemos clasificar la diversidad de visiones acerca de la “comunidad” en dos concepciones que dominan el panorama teórico:

- que la “comunidad” es, vista en su mejor faceta, una forma atractiva de dejarse llevar por el pensamiento utópico y, vista en su peor faceta, una concepción ideológica de una solidaridad especiosa, que se utiliza para ocultar desigualdades estructurales fundamentales o las condiciones objetivas de la clase social. Esta concepción de la “comunidad” con frecuencia se apoya en la concepción ancilar de que las relaciones económicas son primarias y que simplemente el compartir un lenguaje, una cultura, una identidad o una actividad común no es suficiente *ipso facto* para la constitución de una comunidad. Podríamos llamar a ésta, la concepción conflictiva de la “comunidad”;
- que en el concepto de comunidad hemos perdido de vista el carácter fundamental de la sociabilidad humana y que nos hemos abierto a la enfermedad existencial producida por la sociedad capitalista industrial y su cultura tecno-

crítica científica. Desde esta perspectiva, sólo es posible un futuro humano más luminoso al rescatar la unidad básica de la interacción social, política, económica y cultural –la comunidad– con sus características humanas. Podríamos llamar a ésta, la concepción romántica de la “comunidad”. A pesar de su idealismo implícito, tal concepción tiene una dimensión práctica al proporcionar un claro punto de referencia para una política de resistencia y oposición al modelo dominante de desarrollo capitalista y un camino de desarrollo alternativo. Para muchos de quienes proponen el desarrollo, tanto realistas como románticos, la respuesta más apropiada a la tendencia global del capitalismo del libre mercado y a la tecnocracia que la sustenta es la formación o fortalecimiento de las comunidades. Dentro del sector no gubernamental de los promotores del desarrollo hay un consenso virtual sobre este punto.

Este consenso entre los promotores del desarrollo en el sector popular se basa en diversas corrientes novedosas del pensamiento que han surgido al comienzo de este *impasse* teórico de los ochenta. Una de estas corrientes se relaciona con la noción del posmodernismo de las bases propagada por Esteva y Prakash (1998), entre otros. Esta noción a su vez se deriva de la visión posmoderna de que el desarrollo tanto en la teoría como en la práctica es una empresa malentendida que no respeta el principio de la diversidad cultural al igual que la capacidad de los pueblos en el nivel de las bases para construir sus propias soluciones; para tejer la tela de sus propias vidas sobre la base de sus propios recursos y relaciones de solidaridad.¹

Este énfasis posmodernista en los individuos como el sujeto humano, las relaciones de la diferencia y la política de la identidad social, permite tan solo un rango muy limitado para analizar las entidades sociales más grandes o que van más allá de la “comunidad”. Es necesario admitir que hay más margen para el tratamiento de conceptos multivocales tales como “género” y “etnicidad” y las experiencias subjetivas y la política de la identidad que las definen. Pero estas nociones no proporcionan el sentido de localización empírica que nos da la de “comunidad”.

¹Esta noción posmoderna de las bases es parte de un amplio espectro de ideas asociadas con lo que podría verse como una escuela de pensamiento. Basada en los principios del posestructuralismo y en una sensibilidad posmodernista, esta escuela incluye académicos tan diversos como Wolfgang Sachs, teóricos del discurso como el sociólogo colombiano Arturo Escobar (1997) y el sociólogo argentino Ernesto Laclau (1985), escritores en una tradición emergentes del posdesarrollo como Florencia Mallon (1994, 1995) y otros miembros del grupo subalterno (histórico), diversos teóricos del surgimiento de los “nuevos movimientos sociales”, quienes proponen una perspectiva feminista ecológica (Miles y Shiva, 1993) y una aproximación posmoderna hacia el género y el desarrollo (Marchand y Parpart, 1995). Para una crítica de estas modalidades de lo que podríamos llamar “contradesarrollo”, véase, entre otros, Veltmeyer (1997b).

De esta forma, el objeto natural de la teoría posmoderna, según se aplica al análisis social, es la “comunidad”. En relación con ello, un discurso posmoderno sobre el desarrollo está plagado de nociones de acción comunitaria, fortalecimiento comunitario, desarrollo de la comunidad, conciencia comunitaria, respuestas de la comunidad, y así sucesivamente. Todas estas variaciones sobre el concepto de “comunidad”, y las diferentes políticas y prácticas que implican, se conciben como alternativas a nociones previas de progreso de la condición humana. Sin embargo, en ninguna parte de este discurso posmodernista hay algún análisis de las condiciones reales que inhiben o facilitan el proceso de desarrollo. Esto es, se encuentra fundamentado en una noción romántica más que realista de la comunidad y se basa en un análisis posestructural o no estructural de estas condiciones.

Sobre este punto, con referencia a ideas propuestas por los diversos coautores de este libro, yo diría que una perspectiva estructural de clase o del conflicto sobre la “comunidad” provee una aproximación más razonable a un análisis del proceso de desarrollo frente a los programas, planes, políticas y acciones que se derivan de los análisis. Sugerimos que la aproximación romántica en su guisa posmodernista tiene debilidades críticas que no sólo la hacen insatisfactoria en el nivel de la comprensión, sino también seriamente deficiente en el nivel de las estrategias prácticas cuando se trata de lidiar con fuerzas socioeconómicas a gran escala, independientes, y muy bien organizadas, como es el caso del capitalismo transnacional.

En cuanto a la fuente de esta deficiencia ya he señalado que el uso actualmente de moda de “comunidad” es resultado de una convergencia entre dos modalidades de pensamiento del desarrollo: romanticismo y posmodernismo. Pero necesitamos una comprensión más precisa de esta convergencia. Ésta nos ayudará a entender cómo los vicios del discurso del desarrollo de la comunidad surgen de sus virtudes.

Por sí mismo, el discurso de la comunidad tiene la virtud de llamar nuestra atención hacia las actividades sociales humanas organizadas en torno a la cooperación, la ayuda mutua (como la llamó famosamente Kropotkin) y diversas formas de reciprocidad dinámica. Este énfasis es especialmente bienvenido en una época en la que las relaciones sociales y económicas competitivas del capitalismo de mercado se han hecho fundamentales e incuestionadas, incluso por los socialistas de antaño. Por sí mismas, las formas posmodernas de las concepciones sociales, en especial sobre el desarrollo, tienen la virtud de obligarnos a reconocer la existencia, de valor absoluto y fundamentalmente necesaria, de la diversidad en todas sus formas, en particular la cultural. Tal es el caso de *Grassroots Postmodernism* de Esteva y Prakash, en

el que la idea romántica de comunidad se combina con un énfasis posmodernista en las relaciones de la diferencia y las condiciones de la diversidad cultural. Sin embargo, en ésta y otras instancias del discurso posmodernista, el mundo real del desarrollo basado en la comunidad no se materializa de manera que conduzca a la comprensión de las fuerzas y dinámicas implicadas, ni a la acción práctica. El discurso es tan etéreo y complejo que induce a una especie de levedad teórica o quizás a una levitación en el sentido de que las cavilaciones posmodernas sobre la comunidad tienden a elevarse “ligeras como plumas” –como diría el escritor checo Milan Kundera–, insoportablemente ligeras, en una atmósfera rarificada y progresivamente irrespirable de la “imaginación contratextual”, por hablar en términos posmodernistas. En este contexto, el discurso posmoderno sobre el desarrollo de la comunidad puede compararse con el de un ancla hacia el mundo real por parte de un globo de aire caliente. El mundo real es el conflicto de clase, las comunidades divididas y las estructuras de poder no se materializan. Ésta es una debilidad fatal en las versiones posmodernas del desarrollo de la comunidad, incluyendo la de Esteva y Prakash.

El desarrollo basado en la comunidad como un medio o como un fin

Al revisar el papel de la comunidad en el desarrollo, uno bien podría preguntarse si el desarrollo basado en la comunidad (DBC) se refiere a un proceso de desarrollo que comienza en el ámbito de la comunidad y que asegura con ello un desarrollo subsecuente regional o nacional, o si significa que el desarrollo se formula mejor en términos de comunidad y en el ámbito de la comunidad.

Otra pregunta que puede plantearse es si el desarrollo basado en la comunidad se refiere a un medio o a un fin. Esta pregunta es complicada por la falta de acuerdo entre los pensadores del desarrollo acerca de qué constituye exactamente una comunidad o incluso qué constituye el desarrollo. Estas dificultades no son señal de anarquismo teórico o de un desorden en el pensamiento del desarrollo, sino una evidencia de importantes transiciones en el mundo contemporáneo que han causado cambios fundamentales a lo largo del pasado cuarto de siglo y, de manera concomitante, han alterado el pensamiento y las políticas que responden a este cambio. Este nuevo contexto objetivo –el dominio más o menos completo del capitalismo de mercado de libre empresa– en muchos aspectos, en particular debido a su hegemonía incuestionada, es más complejo que el viejo orden mundial de los primeros años de la posguerra (1948-1973).

No es que haya cambiado el ímpetu hacia el desarrollo. Todavía hay cientos de millones de seres humanos en el mundo que viven en condiciones de la más tremenda y horripilante degradación y miles de millones que viven en condiciones de inseguridad permanente con respecto a unos medios de vida adecuados o incluso mínimos. El desarrollo implica esfuerzos por cambiar esta espantosa situación, no sólo por empatía con los demás seres humanos, sino también para asegurar nuestra propia humanidad en el proceso. Ya que nadie puede ser plenamente humano en un mundo en el que tal sufrimiento es en gran medida el efecto de la organización social humana. Es a esta situación a la que se dirigen el pensamiento y el activismo del desarrollo.

Pero es una nueva situación, una en la que el capitalismo opera a escala global sin una oposición efectiva, que nos obliga a mirar esta inhumanidad como resultado del sistema vigente, un nuevo orden mundial en el que los frutos del desarrollo son apropiados por unos pocos, una elite de la adquisición que es propietaria de los medios de producción social, y unas cuantas migajas se dejan caer para los muchos, los “condenados de la tierra”.

El desarrollo basado en la comunidad es una respuesta a esta nueva situación. Los capítulos de este volumen han buscado revisar esta respuesta tanto en su contexto objetivo como en términos de su programa autoproclamado. ¿Qué conclusiones pueden derivarse de esta revisión? Hay una gran cantidad de ellas, pero algunas surgen de una comparación entre el DBC como “un medio” y “como valioso en sí mismo” en términos del contexto objetivo y del programa de desarrollo de cada uno de ellos.

El desarrollo basado en la comunidad como medio: el contexto objetivo

Desde un punto de vista, el DBC es el medio más fructífero para generar el mejoramiento socioeconómico en el ámbito regional, nacional y, en última instancia, global, al promover el desarrollo en la raíz de la actividad socioeconómica humana: la comunidad. Por sí misma, esta concepción es política y culturalmente neutral, esto es, se utiliza tanto por los teóricos moderados de la comunidad, como por los activistas de las ONG que desean desechar lo que ven como la depredación del capital transnacional y conservar aún un sentido de desarrollo nacional. Pero también es utilizada por las agencias de desarrollo multilaterales que buscan ver que alguna forma de desarrollo capitalista tenga éxito a través de la instigación de la participación socioeconómica de aquellos (la mayoría) que se encuentran con que el “goteo” se evapora antes de llegar a sus manos expectantes. Al dar a las comunidades la apariencia de tener una par-

ticipación en la empresa socioeconómica, sugiriendo incluso que son una parte importante, quizás la más, del “motor del crecimiento”, contribuye en mucho a asegurar la estabilidad política que es requisito para consolidar el poder económico y posponer aún más tiempo la redención de los beneficiarios del libre mercado. A principios de los ochenta parecía estar a la vuelta de la esquina una era de prosperidad para aquellos países que se convertían al capitalismo del libre mercado. Con los años, el dolor del proceso se extendió del corto plazo inmediato a un largo plazo que no se anticipaba –ahora unos 20 años–, mientras que las ganancias proyectadas y anticipadas se posponían cada vez más hacia el futuro previsible, y al no previsible. Kari Levitt (1992) resume este proceso en su caracterización del programa neoliberal de ajuste estructural como “una ganancia a corto plazo a cambio de un dolor a largo plazo”.²

El contexto objetivo del DBC como medio para el desarrollo es la estructura global del ahora hegemónico neoliberalismo. Según esta ideología dominante, la apertura de las economías nacionales en todo el mundo, la liberalización de los flujos comerciales y de capital, la desregulación de los entornos en los que deben operar las empresas capitalistas, la redemocratización de la toma de decisiones a través de la participación popular, al igual que la “ayuda” dirigida, en su conjunto crearán las condiciones para reactivar un proceso de desarrollo que, al compararse con los “beneficios” del modelo anterior –que aún subsiste–, ha fallado de manera escandalosa. En la práctica, sin embargo, estos cambios y estrategias impulsados por el grupo del BM, el FMI, la OMC, sus instituciones asociadas, las agencias multilaterales y los gobiernos nacionales en todo el mundo, de hecho han minado los esfuerzos de desarrollo de las organizaciones basadas en la comunidad.

En el extremo receptor de la “descentralización”, y por tanto abandonadas a sus propios mecanismos y con pocos recursos, las comunidades en todo el mundo se han visto cada vez más forzadas a ajustar sus economías locales a las fuerzas y requerimientos de una economía mundial en términos de cuya estructura dinámica son relativamente intrascendentes. Muy pocas comunidades han sido capaces de hacer este ajuste de manera exitosa. Por una parte, los costos sociales de la transición son extremadamente altos y los soportan en su mayor parte los productores locales directos en los países subdesarrollados junto con un creciente número de “pobres trabajadores” de-

²La autora de la cita hace aquí un juego de palabras que se relaciona con un dicho común en el idioma inglés que asocia las palabras y los sonidos de *pain* (dolor) y *gain* (ganancia). El dicho popular asevera: “no pain, no gain”, advirtiendo que para obtener ganancias es necesaria cierta dosis de sufrimiento. La frase de Levitt que cita O'Malley amplía el sentido del dicho popular y conserva la congruencia entre las ideas y sonidos, al declarar literalmente: “short term gain for long term pain” (nota del traductor).

pauperados, como Aquevedo señala en su contribución a este volumen. Son enormes los obstáculos estructurales que estas comunidades deben superar para realizar cualquier forma de mejora socioeconómica, dado que se encuentran a sí mismas, con todo y lo que se hable de democracia participativa, como simples pasajeros en un Leviatán económico cuyo curso ineluctable no han trazado y cuyo momento aparentemente no pueden detener. Bajo tales condiciones, la aprehensión mental de un plan para el mejoramiento local, si es visto principalmente como un medio para un mayor desarrollo, puede depender seriamente de la lógica y la dinámica de una enormidad económica global cuyos efectos cotidianos son demasiado reales: un poder sentido que alternativamente atrae y repele pero cuyos apremiantes pronunciamientos, curiosamente vacuos, sobre el crecimiento, el tratamiento equitativo y los terrenos de juego accesibles buscan constantemente inmiscuirse y ajustarse a la realidad de las percepciones en el nivel local. En este contexto objetivo, las condiciones necesarias para el desarrollo, basado en la comunidad o local como un medio, son difíciles de lograr y en los casos extremos pueden no estar disponibles en absoluto, sin importar el liderazgo, los recursos o la energía que se hayan invertido en el proceso.

El desarrollo basado en la comunidad como medio: el programa

El DBC ve a las comunidades como agentes del desarrollo. El DBC moderado ve a las comunidades como los principales agentes del desarrollo, mientras que concibe a las agencias multilaterales como participantes menores pero no obstante importantes en el desarrollo impulsado por el mercado y encabezado por el capital internacional. Ninguna de éstas está comprometida con la existencia a largo plazo de la comunidad, como se le defina, en cuanto un fin en sí mismo. Los neoliberales perciben que muchas personas en los países subdesarrollados gustan de hablar acerca de las comunidades y les gusta verse a sí mismos como pertenecientes a una comunidad en la que el carácter local proporciona un medio de asegurar su forma de vida y adquiere las significaciones que informan sus vidas y justifican sus acciones. Pero aunque esto pueda ser necesario para el desarrollo, la *realpolitik* no tiene un significado ulterior que vaya más allá de la rapidez en el tiempo para aquellos que defienden el desarrollo local y participativo desde los escritorios de las agencias multilaterales. Los principales actores permanecen como agentes autónomos, individuales y económicos que hacen lo que mejor saben hacer en una socioeconomía gobernada por el mercado. En una manera que se aplica a la mayoría

de las concepciones del mercado, la participación por parte de las comunidades continúa significando sólo la garantía de participación en el cuerpo político (redemocratización). Con respecto a la participación en la economía, lo más que puede esperarse en el largo plazo es una oportunidad para hacer un intento de participar. La participación popular garantizada en los resultados económicos ni está asegurada ni es deseable, y arruinaría la totalidad de la fuerza vital del sistema. Pero es justamente esta participación en los resultados económicos a lo que aspiran las comunidades, y desde este deseo que se ve coartado surge necesariamente el doble discurso de la *realpolitik* en el ámbito local.

Los moderados del DBC, con frecuencia relacionados con las ONG, quienes ven a las comunidades como un medio para una forma de desarrollo mayor, quizás nacional, constantemente juegan con esta *realpolitik* como nacionalistas que tienden a ver a través de esta rapidez de la gestión o de las declaraciones del Consenso de Washington, pero están atrapados ellos mismos en una búsqueda de formas expeditas en su concepción de la comunidad como una herramienta político-económica útil para promover el desarrollo regional o local y, por tanto, nacional. En este proyecto con frecuencia son financiados por agencias internacionales o gubernamentales de la corriente dominante, y algunas tienen que protestar escandalosamente para forzarnos a distinguir su programa de aquel de las agencias multilaterales. No es difícil ver por qué en condiciones de miseria o de pobreza relativa las comunidades llegan a evitar la dependencia en la generación extracomunitaria de la riqueza y a rechazar por igual los avances utilitaristas de los neoliberales y los moderados del DBC, y llegan a ver el DBC como un fin en sí mismo.

El desarrollo basado en la comunidad como un fin: el contexto objetivo

Ya hemos dado algunas de las características de las condiciones objetivas y del contexto estructural en que se da el desarrollo comunitario. En los casos en que el DBC se considera por parte de los miembros de una comunidad como un fin en sí mismo –como por ejemplo en la Comunidad de Segundo Montes en El Salvador– se aplican las mismas condiciones pero sus efectos son diferentes.

En el rechazo deliberado de una dependencia respecto a fuentes externas de generación de riqueza y otros insumos socioeconómicos que ponen a la comunidad en una posición subordinada y de solicitante con respecto a fuerzas económicamente más poderosas, este tipo de DBC lucha por una auto-

suficiencia, un crecimiento endógeno, y formas de acumular un excedente sobre el que, idealmente, tiene un completo control. De esta forma, llega a controlar tanto la generación como la distribución de la riqueza. Este control incluye decisiones comunitarias acerca de la propiedad de las tierras y la propiedad de los medios de producción, las cuales, como sugiere Montoya en su capítulo, pueden o no ser colectivas, pero sí ser decisiones realizadas sobre una base colectiva con respecto a la naturaleza de tal propiedad. Esto aleja de manera esencial a las comunidades de las tremendas presiones que ejercen las estructuras extracomunitarias, en especial la estructura nacional de clases, en la dinámica socioeconómica local.

Si esta desvinculación es exitosa y la comunidad es afortunada tanto en su talento como en sus circunstancias ambientales, puede gozar de un progreso considerable en el bienestar de sus miembros, un desarrollo que sirve para justificar aún más la estrategia original de buscar el DBC como un fin en sí mismo. Si tal comunidad carece de talento o es desafortunada en sus circunstancias, entonces la caída resulta bastante rápida. Esto es porque la misma falta de vinculación que promueve el éxito en el primer caso asegura un rápido fracaso en el segundo ya que no hay vínculos recíprocos con las agencias del gobierno o ni siquiera con las comunidades, que pudieran ser explotados para tener una protección contra los malos tiempos. En tal caso, la comunidad normalmente se dispersa. Esto puede contrastarse con el destino normalmente diferente del tipo de comunidad del “DBC como un medio” en cuya continuada existencia tanto las agencias del tipo dominante como los gobiernos y las ONG moderadas tienen un interés ideológico y que intervendrán en tiempos de tensión, no con lujos, pero sí lo suficiente para conservar la viabilidad de la comunidad y evitar su dispersión.

Representa una pregunta interesante la de si las comunidades del tipo del “DBC como fin” pueden continuar existiendo en un mundo que se encoge de manera constante, en el que el capital transnacional hace continuas incursiones exploratorias en las partes más remotas del planeta en busca de oportunidades rentables. Una condición para tal existencia continuada sería ciertamente la propiedad contundente de tierra suficiente para proveer alimento a sus miembros, pero una dependencia respecto a fuentes externas para un factor tan crucial para la sobrevivencia viciaría por completo el esfuerzo de construir una comunidad. Con frecuencia esto es problemático, en particular en el clima actual de consolidación territorial bajo políticas de desarrollo del tipo dominante que promueven la agricultura capitalista industrializada y el énfasis neoliberal en la exportación de cosechas primarias. Tal propiedad a veces puede lograrse como un acuerdo de tierras entre gobiernos nacionales

y una comunidad indígena, pero éste no es un proceso que pueda ser realizado con suavidad muy frecuentemente si la tierra en cuestión es particularmente en recursos agrícolas, minerales o petroleros. No tiene caso intentar escapar al bosque si tarde o temprano esas maderas tan valiosas como puedan serlo –como en el caso de las maderas tropicales de la Selva Lacandona– atraerán la atención de compañías forestales transnacionales y comenzará el juego usual de manipuleo entre los propietarios indígenas (si efectivamente tienen un título de propiedad), los gobiernos nacionales, los gobiernos locales corruptos y las compañías transnacionales por el control en la extracción del recurso de una manera que sea rentable para el capital y, especialmente en los países subdesarrollados, raramente de beneficio a largo plazo para la comunidad indígena.

En el largo plazo, esta situación se complica por el hecho de que entre los intelectuales de clase media, agencias o funcionarios de gobierno, en la actualidad hay algo de moda radical en el hecho de promover el bienestar de las comunidades indígenas, una oportunidad que estas comunidades y sus líderes han aprovechado sabiamente con el conocimiento de que tal atención es algo temporal y que se extingue, y que ellos y el pueblo no pueden quedar atrás en las prebendas de un sistema de propiedad posicional. Deben entonces aprovechar lo mejor que puedan esta situación durante el tiempo que sean objeto de la atención internacional. Pero el efecto de lo que podría llamarse una “conciencia antropológica” y que da cuenta, cuando menos en parte, de la actual posición en el escenario central de las comunidades indígenas, no alcanza a los cientos de millones de personas depauperadas que no pertenecen a tales comunidades y cuya única posibilidad real de reclamar la fama antropológica es la plenitud de su amarga pobreza. Para estas comunidades antropológicamente carentes de interés y bajo estas condiciones objetivas, el recorrer el camino por sí solas o el DBC como un fin en sí mismo puede ser riesgoso, pero podría ser la única opción que pueden crear en el que a ellos les parece un mundo sin opciones.

El desarrollo basado en la comunidad como un fin: el programa

Una de las ventajas del enfoque del “DBC como un fin” es el alto nivel de ánimos que su sentido de propósito, exclusividad y sentido de la misión le confieren a sus esfuerzos comunitarios. Estos ánimos pueden actuar como apoyo durante tiempos difíciles de una manera que es poco común para las comunidades del tipo del “DBC como un medio”. Además, la autosuficiencia socioe-

conómica que por lo general forma una meta primordial de tales comunidades, introduce en la arena pública una discusión de qué es exactamente lo que constituye la buena vida para los grupos sociales humanos. El caso es que tal forma de autosuficiencia es realmente una forma de aislamiento y este aislamiento significa la no participación en teoría, si no es que de hecho, en las características del sistema socioeconómico dominante basadas en la extrema interdependencia tales como las telecomunicaciones, la infraestructura, grandes y constantes cantidades de energía, y formas específicas de acceso a la producción e intercambio de costosos bienes duraderos y de máquinas. La adquisición de tales insumos se torna problemática y tiene un efecto directo en la creación de un excedente económico dentro de la comunidad; también tiene el saludable efecto de traer a colación una reevaluación de lo que realmente necesita la comunidad, en contraposición con lo que sus miembros pudieran querer. Y muy probablemente provocaría una discusión general de qué tipo de nivel material encontraría satisfactorio la comunidad.

Así también, esta lucha por la independencia que comienza necesariamente con un énfasis inmediato en los programas y planes socioeconómicos, está basada en la conciencia política y cultural que en la sociedad “exterior” no produce una interdependencia creativa, según diría el ideal regulador de esta ideología, sino que simplemente proporciona mayores oportunidades para los más poderosos, normalmente los patrones capitalistas, para apropiarse de las ganancias y de las concesiones que provienen de los débiles, en su mayoría trabajadores y empleados, a través de la manipulación de estas dependencias cruciales. La explotación y la opresión que surgen de este control son lo que buscan evitar las comunidades excluyentes a través de su no participación.

Sin embargo, las virtudes de la desvinculación y de la no participación se encuentran entrelazadas con sus vicios. La autoconcentración de las comunidades que ven el DBC como un fin en sí mismo es una actitud difícil de transmitir a la siguiente generación. Los jóvenes, cuyo horizonte alcanza el mundo “externo” con su natural curiosidad, con frecuencia no han compartido las experiencias que produjeron con la comunidad, y también se ven atraídos en una manera típica de la juventud por lo que sus ancestros rechazan y ponen lejos de su alcance. La salida de los jóvenes de esas comunidades, plantea un serio problema para la reproducción de las mismas y éste no puede evitarse por la provisión de lo que la comunidad cree que es una existencia adecuada y gratificante. Tampoco puede evitarse al grabar en las jóvenes cabezas la “historia de la comunidad”; el mundo es más grande que la comunidad, un hecho que incluso los jóvenes más aislados acaban por comprender, y el mundo más amplio es un mayor receptáculo para los sueños y las ambiciones de lo que la

comunidad concreta, con sus rutinas predecibles, pudiera llegar a ser. Los nuevos miembros que buscan conscientemente integrarse en la comunidad a veces reemplazan tales pérdidas generacionales, pero incluso este nuevo reclutamiento plantea sus propios problemas para la continuidad de la visión o programa de la comunidad original.

Además, tal deserción de la juventud apunta a lo que es quizá el talón de Aquiles de las comunidades cerradas e incluso de las parcialmente cerradas, es decir, el simple hecho de que ninguna comunidad puede permanecer más tiempo aislada del mundo. Tales comunidades son ahora artificios aun cuando se les vista con los hábitos de la cultura indígena o criptoindígena. La exclusión autoproclamada o voluntaria conlleva el ser abandonado; y es bastante claro que una de las realidades de la "globalización" es que nadie, tarde o temprano, podrá estar aislado. En un mundo con tan implacable proximidad, una comunidad en cuanto mundo para sí misma requeriría tanta energía y tanta mistificación y negación como para caer bajo el peso de su propio autoengaño.

Al final de cuentas, el único significado concreto que puede dársele al desarrollo basado en la comunidad es quizá el de promover las iniciativas emprendidas por la gente local para el automejoramiento socialmente creado. Esto significa aprender cómo tomar la responsabilidad de crear el bienestar colectivo, por más grande o pequeña que pueda ser esta colectividad y bajo cualesquier términos por los que se caracterice a sí misma dentro del ámbito de la existencia diaria. Una de las grandes lecciones que surgen de este intento consciente por el logro del poder colectivo (*empowerment*) es la de cuán poco control tienen normalmente las personas y sus colectividades de las más importantes dimensiones de sus vidas cotidianas. El intento subsecuente por aprehender el control de estas dimensiones a través de la creación colectiva local de formas y medios para su satisfacción, esto es, para la obtención del poder, en realidad es sólo un alivio sintomático para una comunidad particular en busca de los medios para su sobrevivencia o desarrollo sustentable. Sin embargo, los esfuerzos y las mejoras locales, en tanto paliativas, no pueden confrontar la fuente de pérdida de control de manera efectiva en el ámbito local porque la fuente no es local. Tampoco puede abordarse la fuente de la pérdida del control local por la simple integración de una cantidad de esfuerzos colectivos.

En nuestro tiempo, en nuestra sociedad, la fuente de tal control es sistémica y estructural y sólo puede confrontarse y tratarse a través de un movimiento con una base amplia, una coalición de fuerzas sociales que entre otras cosas ha conducido a lecciones difíciles y frustrantes aprendidas en los esfuerzos por promover diversas formas de desarrollo basado en la comunidad. En este caso,

la mayor contribución no estará en la generación de una forma nueva y alternativa de desarrollo. En cambio, es un tipo de escuela cuyo currículum de resistencia, conciencia social y responsabilidad colectiva estimula a sus graduados a salir de ella y superarla, y a confrontar al igual que cambiar la realidad mayor que los rodea y los explota. Éste es un logro considerable y debería promoverse por todos los pensadores y promotores del desarrollo.

Clases y comunidad

Uno de los principales argumentos desarrollados en este volumen, en particular en el capítulo 2, es que las formas del desarrollo local basadas en la comunidad no pueden escapar o ir más allá de sus límites y debilidades inherentes, el muro contra el desarrollo levantado por la estructura de poder del sistema dominante. Como se argumentó antes en diversos contextos, en particular Bolivia y Chile (capítulos 4 y 5), las comunidades generalmente están rodeadas y son penetradas por políticas macroeconómicas y prácticas institucionalizadas que crean las condiciones que no pueden controlar pero que necesitan ser tomadas en cuenta, y resistidas de manera colectiva. Con el objeto de lograr el desarrollo en el ámbito de la comunidad, y para ampliarlo a un proceso de alcance nacional y regional, lo que se requiere es un cambio radical en la estructura institucionalizada del sistema dominante y su modelo neoliberal de políticas macroeconómicas. Las organizaciones de base con fundamento comunitario, incluso con el apoyo de redes de ONG nacionales e internacionales, no pueden constituir con facilidad tal gestión. Ésta es una conclusión que puede y debería derivarse de los diversos estudios reseñados en este volumen. El capítulo escrito por MacDonald sobre las ONG en Costa Rica es revelador en este aspecto. Una gestión apropiada y efectiva para el cambio y el desarrollo requiere un movimiento social antisistémico capaz de movilizar diversas fuerzas populares en una confrontación con la estructura de poder existente de la clase capitalista dominante.

Aunque éste es un tema complejo que va mucho más allá del alcance de este libro, ni las organizaciones sociales de base ni las ONG son capaces de esta movilización. No obstante, se hacen muy evidentes los elementos de tal movimiento antisistémico en la sociedad rural latinoamericana. Una base social importante de este movimiento social está formada por el campesinado, una de las agrupaciones sociales o de clase más oprimidas, explotadas y marginadas en la región. Esto se aplica por ejemplo al Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST) en Brasil; las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC); la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador

(Conaie), y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México. Sobre este tema véase Petras y Veltmeyer (2001).

El campesinado en América Latina y en otros lugares ha estado sujeto a las más diversas y conflictivas interpretaciones. Por un lado, los campesinos son vistos con frecuencia como una fuerza social premoderna, una carga en el proceso de desarrollo pero reducida a la irrelevancia numérica, destinada a desaparecer en el depósito de los desechos de la historia (véase, por ejemplo, Hobsbawn). Por otro lado, los campesinos han sido concebidos socialmente como una categoría social posmoderna, una clara evidencia de mundo posmoderno en el que las fuerzas estructurales ya no son operativas (véase, por ejemplo, Mallon, 1994, 1995). Aunque este asunto necesita un estudio mucho más detallado, la nueva ola de movimientos con base campesina que atraviesa América Latina, según algunas visiones, tiene el potencial de traer consigo los cambios necesarios para un amplio proceso de desarrollo económico y social. Sólo generando una cantidad de respuestas prácticas y soluciones estratégicas se podría constituir bajo ciertas condiciones una forma efectiva de desarrollo alternativo basado en la comunidad y en la clase. Pero lo que no está claro es si estas condiciones están previamente dadas o pueden generarse. Lo que se requiere es una documentación cuidadosa de las diversas luchas involucradas y un análisis de las fuerzas sociales que se movilizan en el proceso. Se espera que los estudios reunidos y publicados en este volumen proporcionen un útil punto de partida en este respecto.